

Carta de amor a mi pueblo

Benicàssim - Octubre - 96

Querido Pueblo:

Hoy al escribirte de nuevo veo otros colores a mi alrededor y hasta setas han surgido en mi jardín, preludio sin duda, del otoño. Sin embargo os quiero contar que este último verano, que ahora me parece tan lejano, estuve en la Morería. ¡Gran noticia! Podéis pensar vosotros, queridos lectores. Para mí lo fue, de verdad.

En tus calles y con tus gentes viví muy bellos días, sabiendo desde el primero que iría a la Morería, aunque el tiempo pasaba y nunca llegaba el momento, yo lo decía en voz alta sólo para convencerme... (también sé que alguien sonreirá ahora, al leerme). Primero pensaba: "Ir a la Morería... con este calor". Después: "Con esta lluvia". Unos me dijeron: "Mira, allí hay un corral de ganado y te llenarás de pulgas". Yo pensé en eso y acabé decidiendo que para malas pulgas, las mías. Otros me contaron: "Mira, son fiestas y por allí pueden andar los toros sueltos". Ya sabéis cuánto me gustan los toros, por eso pensé que si me encontraba de cara con un toro, le miraría atrevidamente a los ojos... ¡Qué miedo! ¡Ay qué vértigo! ¡Qué atracción! los negros ojos de un toro.

Para mí, en aquella situación, ya no quedaban obstáculos ni razones para no ir a la Morería y aun así no ocurría. Hasta que al final, una voz amiga me dijo: "Mira, Teresita, vamos a la Morería". Así fue. A las cinco de la tarde, hora taurina por excelencia, yo llegué a la Morería. Ella estaba allí, como siempre, aunque todavía no pude mirarla.

¡Tantas veces la vi, desde lejos, sin poder decirle nada!

Entonces, aún dándole la espalda, todavía sin mirarla, me senté en la hierba y te vi a ti, querido pueblo.

Respiré tu aire que aquel día me pareció que olía a albahaca. Te miré muy despacio, desde el campanario que tenía una bandera, la iglesia, el camino, el molino, del que me dolió su estado, su abandono...

La depuradora ¡Ay! hirió mi mirada. Es sólo una quojá porque yo sé que es un mal necesario. Es la palabra depuración la que no me gusta porque me suena a exterminio. Entonces ¿Dónde quedará el origen y la esencia de todas las cosas? Abrumada por tanta pregunta sin ninguna respuesta te miré cara a cara, Morería. En principio

pensando cuántos secretos guardarás en tu interior... Ahora ¡Madre mía! hasta pinturas rupestres. Por tal motivo, deseo que tu fama no llegue muy lejos. Espero no verte un año de estos llena de autoridades inaugurando algo, ni con acceso restringido, ni cerrada por reformas o cosas parecidas. Acaso eso ocurra en el futuro, sin embargo aquella tarde frente a la Morería yo tuve que mirar al pasado. Tuve que recordar un día ¡Un solo día! que yo vi a la Morería desde arriba, pensando que me tirarías, que allí me quedaría que todo terminaría...

Ni el calor, ni la lluvia, ni las pulgas, ni los toros eran barreras para mí, sino el recuerdo de aquel día.

Estando contigo, Morería, quise contarte tantas cosas... pero miré de nuevo a mi alrededor y sentí que sólo valía la belleza de aquel momento, el sol de aquella tarde y la alegría de estar viva. Poder verte, hablarte y saberte en el mismo lugar ¡Qué alegría, Morería! Nunca pensé que volvería. Yo no sabía que te escribiría:

Milagro parecía volver a la Morería
aun sabiendo que llegaría
que nada lo impediría.

¡Ay aquel día, Morería!

Tanto tu abismo a mí me atraía
¡Qué osadía! pensar en la muerte
cuando tanto la vida
a mí me debía.

¡Ay aquel día! Aun sin saber,
que yo todo lo podía
menos dejar de quererte, Morería.

P.D.

Sé que hay cartas de amor que no llegan nunca a su destino, otras se pierden por el camino, quizás la Morería tenga el corazón como una roca...

Por todo eso, mi carta la quiero dedicar a todos los amantes de LA VIDA.

Hasta siempre, querido pueblo.

Teresa Segarra Tomás

